

«HAY QUE HACERLA CON SANGRE ASIÁTICA»:

FRANCO Y LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA ANTE LA GUERRA DE COREA

Álvaro Jimena

Universidad de Estrasburgo

Accésit al Premio a Investigadores Noveles

Introducción

La Guerra de Corea fue un acontecimiento clave en el desarrollo de la Guerra Fría, y a pesar de su naturaleza limitada, tuvo consecuencias de impacto global.¹ Influyó en la política exterior de numerosos gobiernos al aumentar los compromisos militares de los Estados Unidos, que, entre otras medidas, impulsaron el rearme de Europa Occidental ante la posibilidad del estallido de un nuevo conflicto mundial. Uno de los países que se vio afectado más directamente fue España, que puso fin a su aislamiento internacional gracias al definitivo acercamiento de Washington tras el inicio de la Guerra de Corea. No es una coincidencia que la rehabilitación internacional del régimen franquista comenzara poco después de la invasión norcoreana de junio de 1950; y que la firma de los acuerdos hispano-norteamericanos de 1953 se produjera dos meses más tarde del final de la guerra en la península coreana.²

La importancia del contexto internacional en el mantenimiento del régimen Franco tras la posguerra mundial ha sido señalada por numerosos autores, así como la influencia de la Guerra de Corea a la hora de disipar las últimas reticencias de la Administración Truman y autorizar el inicio de las negociaciones hispano-norteamericanas.³ Sin embargo, pocos historiadores se han interesado por la forma en la

que este conflicto fue interpretado en el seno del régimen y por el modo en el que la política exterior española reaccionó ante el mismo.⁴ A partir de artículos publicados en la prensa española y de declaraciones realizadas por algunas personalidades del régimen, se ha dado por hecho que España apoyó la intervención norteamericana en Corea. E incluso se ha afirmado que Franco ofreció el envío de voluntarios a los Estados Unidos a pesar de que no hay ningún documento que pruebe que este se realizara oficialmente.⁵ Por ello, cabe plantearse una serie de preguntas acerca de este conflicto: ¿es cierto que el régimen franquista ofreció a los Estados Unidos el envío de voluntarios españoles para luchar en la Guerra de Corea? ¿Apoyó realmente la intervención de las Naciones Unidas en la península coreana? ¿Fueron sus dirigentes conscientes de la influencia que este conflicto podía tener en el acercamiento norteamericano?

En este trabajo intentaremos responder a estas preguntas mediante el análisis de la postura española ante la Guerra de Corea durante sus primeros meses, desde la invasión norcoreana en junio de 1950 hasta la entrada de voluntarios chinos en el conflicto a finales de ese mismo año. Para ello utilizaremos una serie de documentos consultados en diversos archivos españoles⁶ y nos centraremos en la labor llevada a cabo por Alberto Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores, y José Félix de Lequerica, máximo

representante diplomático español en Washington. Consideramos que se trata de un buen caso para valorar su papel en la planificación y puesta en marcha de la política exterior española durante este período.

La política exterior del régimen franquista y su aislamiento internacional

La política exterior del régimen de Franco estuvo limitada durante toda su duración por la ayuda que la Alemania nazi y la Italia fascista habían prestado al bando rebelde durante la Guerra Civil. Esa participación de las potencias del Eje en la victoria franquista se convirtió en el «pecado original» del régimen,⁷ y junto a su papel en la Segunda Guerra Mundial provocó su exclusión de la comunidad internacional de la posguerra y la condena del régimen por parte de las Naciones Unidas en 1946. Incluso después de 1953, una vez firmados los pactos con los Estados Unidos y el Concordato con la Santa Sede, el régimen franquista no pudo incorporarse plenamente al bloque de Europa Occidental y su entrada en el proceso de integración europea fue rechazada categóricamente por las democracias europeas hasta el final de la dictadura.

Esto provocó que el régimen franquista nunca pudiera desplegar una política exterior activa y durante muchos años hubo debates acerca de si esta había existido realmente. Actualmente se acepta que el régimen sí tuvo política exterior pero no se le atribuyen unos objetivos a largo plazo y sí unos fines a corto plazo como el mantenimiento de Franco en el poder, el reconocimiento internacional o la defensa de un anticomunismo visceral.⁸ Además, se destaca la forma con la que el propio Franco controlaba las decisiones en política exterior, especialmente hasta 1953. Él mismo despachaba la correspondencia más destacada, y el ministro de Asuntos Exteriores no tomaba ninguna decisión de importancia sin consultarle con anterioridad. Se trataba de una estructura decisoria claramente

piramidal y la única persona que parece haber tenido una influencia notable en la planificación de la política exterior aparte de Franco es el almirante Carrero Blanco.⁹

Precisamente, la estrategia definida por el régimen tras la condena de la ONU de 1946, parece haber sido obra del entonces subsecretario de Presidencia. «Orden, unidad y aguantar» era la consigna con la que Franco resumía su inmovilismo en política interior a pesar de las presiones del exterior y la retirada de la mayoría de los embajadores de Madrid.¹⁰ Esta táctica de «esperar y ver»,¹¹ se basaba en la convicción de que la evolución de la situación internacional haría de España un punto clave para la defensa de Europa Occidental ante una posible invasión de la Unión Soviética. Y los acontecimientos que se sucedieron a partir de 1947 parecieron darles la razón. El control comunista de Checoslovaquia en ese año, el Bloqueo de Berlín en 1948 y la victoria de Mao Zedong en la guerra civil china en 1949 hicieron aumentar la tensión en las dos grandes potencias. Pero a principios de 1950 el régimen todavía no había recibido ninguna ayuda económica de los Estados Unidos, y Truman seguía oponiéndose a la firma de acuerdos con Franco.¹²

Inicio de la Guerra de Corea: Martín Artajo defiende una «actitud de expectativa»

La Guerra de Corea comenzó en las primeras horas del 25 de junio de 1950, cuando unos cien mil soldados del ejército norcoreano atravesaron el paralelo 38 e invadieron Corea del Sur.¹³ La noticia tardó varios días en ocupar las portadas de los periódicos españoles, que en un primer momento la utilizaron para criticar la política exterior norteamericana y se mostraron escépticos acerca del apoyo de Washington a la República de Corea debido a la forma en la que se obstinaba «en negar el pan y la sal al único pueblo verdaderamente anticomunista».¹⁴ Pero una vez confirmada la intervención estadounidense a través del envío de una fuerza de

Naciones Unidas, la prensa franquista empezó a presentar el conflicto coreano como la reacción de Occidente ante el peligro comunista del que España llevaba advirtiendo desde hace más de una década,¹⁵ llegando a compararlo con la guerra civil española con motivo del 18 de julio.¹⁶ Pero, sorprendentemente, en esa fecha España todavía no había realizado ningún tipo de declaración acerca de la invasión, a pesar de que había establecido relaciones diplomáticas con la República de Corea –Corea del Sur– en marzo de ese mismo año.

Durante esas tres semanas Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores, había recibido numerosas comunicaciones de sus legaciones en el extranjero, que informaban acerca de la respuesta de diferentes países ante el inicio del conflicto y ante las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU.¹⁷ Su primera reacción había sido enviar una circular el 1 de julio indicando que la «actitud [de los] medios oficiales ante [el] asunto [de] Corea» era «de expectativa».¹⁸ Un día más tarde había desmentido a los miembros de la representación española en Washington la información de una agencia de prensa que aseguraba que en el Ministerio habían acogido con satisfacción las declaraciones de Truman apoyando la intervención en Corea.¹⁹ Y un poco más de una semana después había contestado negativamente una carta del cónsul general de España en Tánger que hablaba de la posibilidad de realizar una declaración apoyando la decisión de la Administración Gobierno estadounidense y solidarizándose «con todo cuanto signifique frenar la expansión comunista en el mundo».²⁰ El ministro de Asuntos Exteriores aseguraba que en España se había apreciado la respuesta de los Estados Unidos pero opinaba que no era el momento de «efectuar ninguna declaración» debido a que ningún Gobierno se lo había requerido públicamente ni habían recibido notificación oficial de las decisiones del Consejo de Seguridad de la ONU.²¹

Alberto Martín Artajo ocupaba la cartera de Exteriores desde julio de 1945, fecha en la que

Franco había realizado un cambio de Gobierno para adaptarse al nuevo contexto internacional surgido de la rendición de la Alemania nazi y la conferencia de Postdam. Con esta renovación del Consejo de Ministros pretendía evitar el intervencionismo y las presiones del exterior dando la imagen de una España más católica, conservadora y monárquica que se dirigía «hacia un régimen de mayores libertades».²² Aconsejado por Carrero Blanco, Franco limitó el peso de los falangistas, relacionados con el fascismo derrotado en la Segunda Guerra Mundial, e intentó asociar su Gobierno a los demócratas cristianos de otros países de Europa.²³ En este cambio de imagen la presencia de Martín Artajo en el Consejo de Ministros era imprescindible, ya que se trataba de la figura más representativa del catolicismo de parecía dispuesta a colaborar con Franco.²⁴ Había colaborado en la elaboración del Fuero de los Españoles y era uno de los discípulos más aventajados de Ángel Herrera Oria, con el que había colaborado estrechamente durante la Segunda República ejerciendo como editorialista de temas sociales en *El Debate*. Por ello en 1945 estaba presente en todas las apuestas como ministro de Trabajo, aunque finalmente fue destinado al Palacio de Santa Cruz por la importancia que en esta reestructuración se dio a dar una imagen católica hacia el exterior, como le comentó personalmente el propio Carrero Blanco.²⁵ Durante su gestión al frente de Exteriores, que duró hasta 1957, la política exterior española estuvo definida casi en exclusiva por Franco, y su papel prácticamente se limitó a ejecutar las directrices provenientes de El Pardo. A pesar de que la falta de autonomía de los ministros de Asuntos Exteriores fue una constante a lo largo de casi todo el régimen, en el período de Martín Artajo parece que se dio de forma más acusada. Su «limitada personalidad», entre otras cosas, provocó que su labor haya sido definida posteriormente como la de «un buen ministro-subsecretario de Asuntos Exteriores».²⁶

Esta subordinación de Martín Artajo con respecto a Franco a la hora de dirigir la política

exterior española se manifestó de una forma muy clara en la gestión que el régimen hizo de la Guerra de Corea, ya que la única declaración pública que España realizó en relación al conflicto asiático hizo pública a pesar de la oposición del ministro. Pero esto ocurriría más de un mes después de que se iniciaran los enfrentamientos en la península coreana, cuyo desarrollo fue analizado detenidamente en el Palacio de Santa Cruz. Todavía hoy se conservan numerosos telegramas e informes acerca del desarrollo de la contienda que permitían a Martín Artajo estar al tanto de todo lo que ocurría en Corea. También existen varias «Notas para Su Excelencia» que muy probablemente fueron escritas por el propio ministro con el objetivo de informar a Franco acerca de la evolución de la guerra y de la situación internacional.²⁷ En la primera de ellas, fechada el 30 de junio de 1950, Martín Artajo analizaba lo ocurrido en los cinco primeros días de ataque norcoreano culpando directamente a la Unión Soviética de la invasión y mostrándose reticente a que los Estados Unidos iniciaran una guerra que podía ser prolongada y causar numerosas bajas por «un Estado tan absurdo y desconocido como es Corea del Sur para el pueblo norteamericano».²⁸ Opinaba que Washington debía enfrentarse directamente al verdadero agresor, Moscú, y no entretenerse en conflictos que tenían lugar en territorios tan alejados como la península coreana, que solo podían desgastar su compromiso en la lucha frente al comunismo y beneficiar a la Unión Soviética. En este texto, ya se podían observar las reservas con las que el ministro veía la participación de Estados Unidos con tropas terrestres en la guerra de Corea — que le confirmaron ese mismo día—²⁹ a pesar de que lo hiciera en nombre de la lucha contra el comunismo. En el siguiente análisis, fechado dos semanas más tarde, Martín Artajo advertía de la posibilidad de un ataque comunista en Europa e insistía en que la conclusión que los Estados Unidos debían sacar de la guerra coreana era que «la única solución de las dificultades del mundo» era «el castigo directo a la Rusia soviética».³⁰

Lequerica intenta utilizar la guerra de Corea como arma del Spanish lobby

A lo largo del mes de julio se impuso la postura defendida por Martín Artajo y España no se pronunció acerca de la guerra de Corea, aunque desde tribunas críticas al régimen como la de Sam Pope Brewer, enviado especial a Madrid de *The New York Times*, se decía que Franco veía con buenos ojos el conflicto en Asia al considerarlo como una oportunidad para acelerar su acercamiento a los Estados Unidos.³¹ Ya hemos visto que Martín Artajo no pensaba así y no hay constancia de que Franco hubiera hecho esta interpretación de los acontecimientos en la península coreana. Lo que sí es cierto es que en la representación española en Washington, donde José Félix de Lequerica ejercía como embajador *de facto* ante la Administración norteamericana, siempre se analizó la guerra de Corea atendiendo a las consecuencias que podría tener en la postura con respecto al régimen de Franco. Durante los primeros días de la contienda, por ejemplo, en los telegramas con los que explicaba la reacción de las distintas personalidades políticas ante la invasión norcoreana y el anuncio del apoyo militar estadounidense, Lequerica resaltaba las menciones a España en los ataques de los senadores republicanos al Gobierno y comunicaba que uno de ellos incluso había presionado personalmente al presidente Truman para que cambiara su postura con respecto a Franco tras un encuentro a propósito de la guerra de Corea.³² Estos miembros del partido republicano eran parte del *Spanish lobby*, un grupo de presión creado por Lequerica en la capital estadounidense para favorecer el acercamiento del Gobierno norteamericano al régimen franquista. Estaba formado por personalidades de muy diversa índole dentro de la sociedad política de los Estados Unidos que subrayaban la importancia estratégica de la península Ibérica para conseguir la firma de acuerdos defensivos que incluyeran a España en el «mundo libre» como oposición al «mundo comunista».³³

José Félix de Lequerica había llegado a Washington en abril de 1947 con el cargo de «inspector de Embajadas y Legaciones», aunque desde el primer momento ejerció las labores propias de un embajador. Ello provocó las protestas del Departamento de Estado, que le acusó públicamente de manipular la política estadounidense y de tener un comportamiento antiamericano en su anterior puesto como embajador en la Francia de Vichy a través de una serie de artículos publicados por uno de sus miembros con títulos como «Heil Lequerica» o «Von Lequerica».³⁴ Y es que su gestión durante su estancia junto al Gobierno del mariscal Petain había sido muy polémica y hay autores que afirman que fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores tras la muerte de Jordana en agosto de 1944 debido a que era la única forma de retirar al embajador de Vichy de una manera honrosa.³⁵ De esta forma Lequerica, maurista y monárquico convertido en franquista radical y representante de uno de los sectores más pro-Eje del régimen,³⁶ tuvo que adaptarse para continuar el acercamiento a los aliados iniciado por su predecesor durante los once meses que se mantuvo en el Palacio de Santa Cruz, donde fue sustituido en julio de 1945 por Alberto Martín Artajo. La breve duración de su mandato al frente del ministerio de Asuntos Exteriores y el que fuera sustituido por el político católico parecen el origen de la mala relación entre ambos.³⁷

De hecho, en 1949 Martín Artajo ya había intentado destinarle como embajador a Buenos Aires para alejarle de la capital estadounidense y Lequerica le había respondido con una serie de cartas en las que prácticamente le exigía que le dejara terminar su trabajo cerca de la Administración norteamericana.³⁸ El político vasco se mantuvo en Washington gracias a la intercesión del propio Franco, que había sido el promotor de su larga estancia como inspector de Embajadas —ante el «escándalo de la diplomacia americana y de la española»—³⁹ y que también fue el responsable directo de que fuera el primer embajador ante el Gobierno estadounidense

tras el restablecimiento de relaciones diplomáticas al más alto nivel en 1951. Parece que Carrero Blanco, por el contrario, no tenía una opinión muy favorable del político vasco y se ha apuntado que hacía numerosas anotaciones a las copias de los telegramas que llegaban desde Washington.⁴⁰ En los despachos enviados por Lequerica relativos a la guerra de Corea también hay numerosos subrayados e interrogantes que atestiguan la sorpresa que causaban en el Ministerio de Asuntos Exteriores algunos de sus análisis. Y es que el máximo representante de España en los Estados Unidos tenía una visión de la sociedad norteamericana muy particular que clasificaba a todos los políticos en dos tendencias —la izquierdista y la nacional— que intentaban hacerse con el control de la política exterior estadounidense e influir en las decisiones del presidente Truman.

Ya en el primer telegrama postal aéreo en el que analizaba el inicio del conflicto decía que la reacción inicial de la Administración Truman había sido «esencialmente política y poco combativa» y culpaba a un grupo de funcionarios del Departamento de Estado de la invasión norteamericana.⁴¹ Unos días más tarde, admitía que la situación había mejorado para España y decía que se había discutido el tema en el Consejo de Seguridad Nacional norteamericano, donde el secretario de Defensa Johnson había mostrado una actitud favorable.⁴² Además, aseguraba que el presidente Truman había dicho «al diablo con el Gobierno laborista»⁴³ cuando se le había advertido de las consecuencias que una mejora de las relaciones con Franco podía tener en Gran Bretaña. A pesar de ello, consideraba que no había que confiarse, ya que los izquierdistas del Departamento de Estado no querían romper definitivamente con Rusia y por eso, incluso en tiempos de guerra, promovían medidas contrarias a la alianza con los países anticomunistas como, por ejemplo, enviar sus tropas bajo la bandera de las Naciones Unidas para dar un aspecto «democrático y universal a la contienda».⁴⁴ De acuerdo con Lequerica, se trataba de

un momento «delicado y de necesidad de acción activísima» para España.⁴⁵

Su primera propuesta para aprovechar la guerra de Corea en el acercamiento con los Estados Unidos no tardó en llegar al Ministerio de Asuntos Exteriores. El 24 de julio, un mes después del inicio del conflicto, Lequerica aseguraba que varios altos cargos del ejército norteamericano le habían sugerido la posibilidad de que España enviara tropas voluntarias a la península coreana. Lequerica les había respondido que ante la falta de información de los países beligerantes y la posibilidad de represalias por los miembros de la Administración norteamericana reticentes a dar ayuda militar a España, era una iniciativa «imposible de poner en marcha». ⁴⁶ A pesar de ello, le había relatado las conversaciones a Martín Artajo que, a su vez, había reenviado su mensaje al propio Franco.⁴⁷ No obstante, según el propio Lequerica, el Departamento de Estado también había realizado una propuesta similar a Culberston, su Encargado de Negocios en Madrid, preguntándole si podía formar una «legión de la libertad» con antiguos republicanos españoles para enviarla a Corea y demostrar «que la España democrática luchaba contra el comunismo al lado de Estados Unidos», a lo que, según Lequerica, Culberston había respondido que ni valía la pena plantearse porque todos sus contactos eran comunistas y simpatizaban con Corea del Norte.⁴⁸

Además, el día 17 de julio Martín Artajo había dado un paso más y en una de sus «Notas para Su Excelencia» había expuesto a Franco la posición que creía que debía tomar España frente al conflicto asiático teniendo en cuenta la actitud que habían adoptado los países en los que se basaba la política exterior española. Según el ministro, los países hispanoamericanos —a excepción de Brasil, Cuba y República Dominicana— buscaban una «tercera posición» a pesar de las presiones estadounidenses; los países árabes habían evitado cualquier tipo de compromiso; Portugal se remitía a la definición de agresión del Pacto del Atlántico para justificar su negati-

va a enviar tropas a Corea; y El Vaticano había comunicado al Embajador español en la Santa Sede que para el bien del mundo católico convendría «que España se mantuviera apartada de todo conflicto bélico». ⁴⁹ El ministro creía que la postura del país vecino era la que debía influir en mayor medida en la española y aconsejaba aumentar los contactos con Lisboa en nombre del Pacto Ibérico. Además, demostraba su disposición a mantener buenas relaciones con El Vaticano y proponía realizar una comunicación verbal para indicar que habían tomado nota de que deseaban la neutralidad española. Por lo tanto, el ministro de Asuntos Exteriores seguía defendiendo que España debía mantener una actitud expectante y no se planteaba llevar a cabo un ofrecimiento de tropas a los Estados Unidos ni realizar ningún tipo de declaración que pudiera comprometer al régimen. Una postura que coincidió con la llevada a cabo por España hasta el último fin de semana de julio.

España cambia de postura en un fin de semana

El viernes 29 de julio de 1950, a las siete y media de la tarde, Alberto Martín Artajo recibió un telegrama desde Washington en el que José Félix de Lequerica le comunicaba que, de no tener una respuesta contraria, el lunes siguiente iba a publicar una nota de prensa expresando la disposición de España a luchar contra el comunismo «sin retroceder ante medios armados». ⁵⁰ El ministro de Asuntos Exteriores, que se encontraba en San Sebastián junto al resto del Gobierno, le respondió a la mañana siguiente de forma categórica. Tenía que aplazar cualquier manifestación hasta que dos días más tarde le enviara nuevas instrucciones tras consultar el asunto con Franco.⁵¹ Lequerica, en principio, aceptó las órdenes de su superior pero en el mismo telegrama de respuesta incluyó una primera redacción de la nota e insistió en que necesitaba una contestación urgente. El lunes 1 de agosto se votaba en el Congreso estadounidense una enmienda propuesta por el Senador Mc-

Carran –uno de los miembros más destacados del *Spanish Lobby*– para aprobar un préstamo a España de 62,5 millones de dólares y Lequerica creía que una declaración que recordara el anticomunismo del régimen de Franco en una situación internacional delicada como la que se vivía raíz de la Guerra de Corea podía influir en el voto de algunos congresistas. Así que siguió telegrafando a Martín Artajo durante el fin de semana para decirle que una nota de ese tipo no implicaba compromisos y que, además, una manifestación del portavoz de la embajada no significaba lo mismo que una declaración del Gobierno.⁵²

El ministro no estaba de acuerdo y así se lo comunicó por escrito a Franco en un texto en el que ponía en duda la efectividad del *Spanish lobby* dirigido por Lequerica. Decía –«respetuosamente»– que los contactos del diplomático vasco todavía no habían conseguido ningún crédito o declaración oficial del Gobierno norteamericano favorable a España, por lo que seguramente habrían recomendado la publicación de la nota para su propio beneficio. Añadía que no se sabía ni la opinión de Acheson ni la de Truman, por lo que se corría el riesgo de que la declaración fuera utilizada en contra del régimen por el propio Departamento de Estado o por el Gobierno británico. Y, finalmente, concluía que se trataba de una declaración «de tal trascendencia» que implicaba «una postura beligerante», recomendando responder a Lequerica con un telegrama que desechara la iniciativa y le aconsejara decir a sus conductos «que como España nada ha recibido oficialmente del Gobierno de Estados Unidos sobre el problema de Corea, no puede oficialmente decir nada al respecto».⁵³

Martín Artajo había dejado bien clara su postura con respecto a la guerra de Corea y a las iniciativas del *Spanish Lobby* de Lequerica, oponiéndose tajantemente a la publicación de una nota de prensa que en vez de mejorar la situación de España podía llegar a empeorarla. Sin embargo, parece que Franco la valoró en otros términos, porque el domingo 31 el ministro en-

vió a Lequerica un despacho muy distinto del informe que había escrito sobre la iniciativa el día anterior. Así, en un texto especialmente breve, le comunicaba que si todavía lo creía necesario podía realizar la declaración «limitándose a expresar simpatía y aprecio» por la actitud de Estados Unidos, aunque «sin ofrecer ni comprometer nada».⁵⁴ Lequerica, que había ordenado dar publicidad a la declaración incluso antes de recibir la respuesta definitiva,⁵⁵ difundió el mismo texto que había comunicado en el primer borrador:

A preguntas redactoras Agencias sobre actitud España en el conflicto [de] Corea, ha respondido un portavoz de la Embajada: España no ha tenido nunca dudas sobre el peligro del comunismo y las intenciones bélicas de los países comunistas. Sabe que solo en la preparación espiritual y material de las Naciones pacíficas, y en la resistencia armada, si se produce la agresión como ahora ha hecho EEUU, está el remedio contra esta amenaza. La actitud presente y futura de España se ajustará a esa convicción. Junto a los pueblos opuestos a la violencia estuvo siempre dispuesta a sacrificios semejantes a los suyos. España se reserva su libertad de acción pero [está] dispuesta a acuerdos con otros países pacíficos. Lo mismo que ellos, España respeta las leyes de [las] relaciones internacionales vigentes, y dentro de esas leyes habría de desenvolverse su acción.⁵⁶

La votación a la que se había referido Lequerica tuvo un resultado positivo para España y la enmienda presentada por el senador McCarran, tras pasar por la aprobación del presidente Truman, llevó a la concesión del primer préstamo a España. El «inspector» se había salido con la suya al apostar por una declaración a la que se oponía el ministro. Probablemente confiaba en que Franco lo apoyaría o lo consideraba como una acción de su *Spanish Lobby* en Washington, el cual Franco le permitía gestionar con bastante independencia a pesar de las grandes sumas de dinero invertidas en el mismo. Por otra parte, parece cierto que la declaración no comprometía a España al aclarar que se reservaba «su libertad de acción». Pero sí era la primera vez

que el régimen de Franco declaraba oficialmente su apoyo a los Estados Unidos en la lucha anticomunista, ya que hasta entonces la postura oficial del régimen había consistido en proclamar su anticomunismo pero sin alabar la política de la Administración Truman, a la que todavía consideraba culpable de su aislamiento internacional. El principio de «esperar y ver» todavía estaba vigente, como lo había indicado Martín Artajo en su circular al principio de la Guerra de Corea y al negarse a realizar ningún tipo de declaración si antes no recibía una petición o una notificación de los Estados Unidos o de la ONU.

Antes de la declaración sí que desde Madrid habían autorizado los contactos con diversos miembros de las fuerzas armadas norteamericanas, que eran los más favorables a firmar un acuerdo con España debido a la importancia estratégica de la península Ibérica ante una eventual invasión de Europa Occidental por la Unión Soviética. Por ejemplo, los contactos en Washington del propio Lequerica, que sin embargo no era el único que estaba estrechando la relación del régimen con los militares norteamericanos. También en Tokio, desde dónde se dirigían las operaciones de las tropas de las Naciones Unidas en Corea, Francisco del Castillo, máximo representante de España en el archipiélago asiático desde 1948,⁵⁷ estaba haciendo algo parecido. Gracias a su buena relación con el general Charles A. Willoughby, jefe de inteligencia del Estado Mayor del general Douglas MacArthur, Del Castillo tenía acceso al Cuartel General Aliado en Tokio. Willoughby era un furibundo anticomunista que ya antes de la Guerra de Corea había apoyado el acercamiento al régimen de Franco.⁵⁸ Y con el inicio del conflicto, según del Castillo, había continuado con su labor en favor de España e incluso había entregado al diplomático español información militar que según él era confidencial.⁵⁹ Martín Artajo, en este caso, tenía una muy buena relación con del Castillo y le animaba a continuar con sus contactos con los militares norteamericanos.

De hecho, después de que las tropas de las Naciones Unidas retomaran la iniciativa en Corea con el desembarco de Inchon y se acercaran a la frontera china recuperando casi toda la península, mandó felicitar a MacArthur de su parte y de la de Franco por el «victorioso final de la campaña».⁶⁰ Del Castillo cumplió con la orden en persona y felicitó al general norteamericano en una reunión en la que MacArthur señaló su apoyo al régimen franquista e indicó que lo apoyaría «si llegase algún día la ocasión».⁶¹

Por lo tanto, Martín Artajo no se negaba a utilizar la Guerra de Corea para impulsar el acercamiento norteamericano e incluso lo fomentaba a través de la misión diplomática en Tokio. Pero por su mala relación con Lequerica o por su oposición a mostrar una señal positiva a la Administración Truman, se había opuesto frontalmente a la publicación de la declaración. Franco, sin embargo, le había contradicho. Es difícil precisar sus motivos sin conocer su opinión acerca de la Guerra de Corea, la cual conocemos gracias a las notas tomadas por el ministro de Exteriores en un Consejo de Ministros celebrado en diciembre de 1950.

Francisco opina sobre la guerra de Corea tras la intervención china

A finales de noviembre de 1950 comenzaron a llegar las primeras noticias de la intervención china en la Guerra de Corea, que provocó una desordenada retirada de las tropas de las Naciones Unidas. Lequerica informó de las consecuencias que tuvo en Washington, donde según él se estaba desarrollando una «verdadera guerra civil» entre los enemigos de Rusia y el grupo de izquierdistas alojado en el Departamento de Estado.⁶² Afirmaba que la situación internacional favorecía el acercamiento entre la Administración estadounidense y el régimen de Franco, pero insistía en que había que seguir actuando porque la tendencia liderada por Dean Acheson continuaba influyendo en gran medida al presidente Truman. Además, se mostraba par-

tidario de la corriente que defendía plantar cara a la China comunista bombardeando Manchuria, rearmando Japón y apoyando posibles desembarcos de las tropas chinas nacionalistas en el continente.⁶³ Lo hacía en un telegrama –lleno de interrogantes en la copia del Ministerio de Asuntos Exteriores– que fue contestado por Martín Artajo de forma breve pero que volvía a dejar clara su opinión acerca de la Guerra de Corea. El ministro le indicaba que había que valorar la situación en la península asiática partiendo del objetivo inicial de la ONU, que era el de repeler la agresión norcoreana. Y desde ese punto de vista el balance resultaba «desastroso».⁶⁴ Martín Artajo solo valoraba positivamente que el conflicto estaba haciendo que los norteamericanos rearmaran más rápidamente Europa, aunque eso era algo que tenía que haber ocurrido mucho antes. Lequerica no tardó en rebatir al ministro, asegurando que en los Estados Unidos había un espíritu claramente favorable a continuar con la lucha debido a la especial idiosincrasia de los países anglosajones. Además, afirmaba que «dividir la defensa contra el comunismo en Europa y Asia» era «desenfocar el problema ligeramente»⁶⁵ y volvía a proponer el envío de voluntarios a Corea⁶⁶ debido a que, en su opinión, «la dificultad militar norteamericana» era la solución a las diferencias entre Washington y Madrid.⁶⁷

En esos primeros días de diciembre de 1950 también llegaron al Palacio de Santa Cruz noticias de que el ministro español de Industria y Comercio, José Antonio Suances, había declarado que España se encontraba «con todo su corazón y con toda su alma»⁶⁸ junto a las Naciones Unidas en el conflicto coreano. No hay constancia de cómo reaccionó Martín Artajo ante estas palabras, pero se trata de una buena muestra de que el Gobierno español prestó especial atención al conflicto coreano en estas fechas. De hecho, en el Consejo de Ministros del 13 de diciembre de 1950 se trató específicamente la situación en la península coreana. Por unas notas tomadas por el ministro de Asuntos

Exteriores podemos saber que Franco analizó la situación y no se mostró muy de acuerdo con la política llevada a cabo por los norteamericanos en la Guerra de Corea. Empezó resumiendo su visión de la guerra en tres puntos:

- Es [un] problema en el que no se puede seguir ninguna política –aunque lo pida Europa– de abandono, pues sería entregar 120.000.000 de seres en manos de Stalin.
- [Existe el] peligro de que el Japón siga la suerte del resto, como los demás liberados de Asia por Estados Unidos.
- Equivocación americana de haber llevado su fuerza a una guerra continental de tierra, imposible para ellos. Hay que hacerla con sangre asiática.»⁶⁹

Posteriormente, insistía en que Washington debía centrar su ayuda por mar y aire, ya que era dónde eran superiores y porque no debían «gastar en Asia un Ejército que Europa necesita».⁷⁰ Y, además, afirmaba que si no se planteaba la guerra contra la Unión Soviética había que limitar su influencia sobre Pekín, ya que «si no se consigue separar a Rusia de China vendrá el caos».⁷¹

Por lo tanto, la interpretación de Franco de la Guerra de Corea era más cercana a la de Martín Artajo que a la de Lequerica. Tenía una visión eurocéntrica de la Guerra Fría y a pesar de que no quería entregar la península coreana al comunismo estaba en contra de la intervención de los Estados Unidos con tropas terrestres. Quizás por eso el ministro se vio reafirmado en su postura y en los primeros meses de 1951 continuó escribiendo a Franco informes en los que insistía en el error que los Estados Unidos habían cometido al «embarcarse en una aventura que, tanto victoriosa como contraria, tenía que acarrearles perjuicios notorios».⁷² También continuó intercambiando telegramas con del Castillo, al que volvió a explicar su postura después de la destitución de MacArthur como comandante en jefe de las tropas de las Nacio-

nes Unidas a principios de 1951. Insistía en que los Estados Unidos debían concentrarse en la defensa de Europa y se mostraba dispuesto a aceptar una retirada norteamericana de Corea, ya que consideraba un enfrentamiento con la Unión Soviética inevitable a largo plazo y creía que los estadounidenses tenían que centrarse en la defensa de las tres penínsulas mediterráneas, especialmente en la Ibérica.⁷³

Conclusión: Un ofrecimiento con más de dos años de retraso

Unos veinte meses después de la destitución de MacArthur, en la portada de un la mayoría de periódicos españoles y en un buen número de publicaciones extranjeras aparecieron unas declaraciones de Franco alabando la labor que los estadounidenses estaban realizando en Corea al enfrentarse al expansionismo comunista.⁷⁴ En una entrevista concedida a una agencia de prensa norteamericana decía, entre otras cosas, que aceptaría el envío de voluntarios españoles para luchar en el conflicto asiático si no fuera porque España todavía no había sido incluida en la ONU:

El Generalísimo Franco ha declarado que el mundo no reconoce plenamente el espléndido sacrificio que los Estados Unidos están haciendo en Corea. Es sorprendente y magnífico que los americanos luchen contra el comunismo de manera tan eficiente, tan lejos de sus hogares y en tan difícil terreno.

Siente esto tan de corazón que, a preguntas del periodista, añadió que estaría dispuesto a permitir que voluntarios españoles tomaran parte en la lucha de Corea, mandados por sus propios oficiales. El Generalísimo estaría dispuesto a hacerlo, aunque, técnicamente, aquella es una guerra de las Naciones Unidas y las Naciones Unidas habían excluido a España.⁷⁵

Estas declaraciones son el origen del malentendido acerca del supuesto ofrecimiento de voluntarios para luchar en la Guerra de Corea hecho por el régimen franquista.⁷⁶ Pero ni hay constancia de que después de la publicación

de esta entrevista se realizara un ofrecimiento formal, ni este hubiera tenido ninguna lógica teniendo en cuenta la situación en Corea en ese momento, dónde el frente estaba estancado desde hace más de un año y ya habían comenzado las negociaciones que llevarían al armisticio de julio de 1953. La razón de ser de estas declaraciones hay que buscarla en los intentos del régimen franquista por impulsar las negociaciones hispano-norteamericanas, que se encontraban en un punto muerto a finales de 1952. En el mes de noviembre, el general Eisenhower había sido elegido presidente de los Estados Unidos y el régimen esperaba que la nueva Administración republicana impulsara la firma de los acuerdos. Para mostrar la buena disposición de España, Lequerica y Martín Artajo habían tratado la posibilidad de que Franco dijera unas palabras en público al respecto,⁷⁷ pero estas no se llevaron a cabo hasta que llegó la propuesta de un periodista norteamericano cercano al Partido Republicano que se encontraba de vacaciones en Madrid. Ante la dificultad de realizar una entrevista, el periodista sugirió que Franco hiciera unas breves declaraciones sobre las relaciones bilaterales con «algunas manifestaciones optimistas sobre las negociaciones» y afirmó que no vendría mal «una manifestación de simpatía y solidaridad espiritual por la labor del ejército norteamericano en Corea».⁷⁸

Esa es la explicación de las declaraciones de Franco, que probablemente decidió reutilizar la propuesta de Lequerica a la que ni siquiera había respondido dos años antes. Pero no hay que darles más valor que el puramente propagandístico ya que, de hecho, en el mismo artículo aclaraba un poco más abajo que «la mayor contribución de España contra el comunismo» debía «realizarse en Europa».⁷⁹ Se trataban de unas palabras más acordes con la forma en la que tanto Franco como Martín Artajo —y parece que también Carrero Blanco—⁸⁰ habían interpretado la Guerra de Corea: un conflicto lejano en el que los Estados Unidos estaban malgastando tropas que eran necesarias en Europa.

Lequerica, a pesar de su particular visión de la política norteamericana, era el único que había percibido la importancia del conflicto asiático en el desarrollo de la Guerra Fría y en la evolución de la política exterior norteamericana. Pero su influencia en la planificación de la política exterior española era muy limitada y se circunscribía a la libertad de acción que Franco le otorgaba para actuar en Washington en favor del régimen. Gracias a ella había publicado la declaración en apoyo de la intervención de los Estados Unidos en Corea, pero su propuesta acerca del envío de voluntarios obtuvo el silencio por respuesta. En el caso de Martín Artajo parece que esta libertad no existía o que el ministro no se atrevía a utilizarla, ya que como hemos visto consultaba la más mínima decisión a su superior antes de autorizarla. Es posible que, al menos en relación a la Guerra Fría, el ministro estuviera de acuerdo con las líneas generales marcadas desde El Pardo, pero su falta de iniciativa y su sumisión a Franco incluso cuando autorizaba iniciativas con las que estaba en total desacuerdo como la declaración sobre la Guerra de Corea, confirman la definición de su labor como la de un buen ministro-subsecretario de Asuntos Exteriores.

NOTAS

- ¹ STUECK, William, *The Korean War: an International History*, Princeton, Princeton University Press, 1995, p. 4.
- ² TUSELL, Javier, *La España de Franco. El poder, la oposición y la política exterior durante el franquismo*, Madrid, Historia 16, 1989, p. 131.
- ³ Por ejemplo, según Ángel Viñas el impacto de la Guerra de Corea en las relaciones hispano-norteamericanas fue «intermediato». VIÑAS, Ángel, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*. Barcelona, Grijalbo, 1981, p. 56. Para Boris Liedtke, el inicio del conflicto coreano dispuso las reticencias del Departamento de Estado y del Congreso norteamericano. LIEDTKE, Boris N., *Embracing a dictatorship. US Relations with Spain, 1945-1953*, Londres, MacMillan, 1997, p. 81.
- ⁴ A este respecto solo existe una tesis doctoral que trata el tema en su estudio de las relaciones hispano-coreanas entre 1931 y 1953: CHOE, Hae Sung, *Del idealismo al realismo: relaciones entre España y Corea desde la Segunda República hasta la Guerra de Corea (1931-1953)*, tesis sin publicar, Universidad Complutense de Madrid, 2007.

- ⁵ El caso más llamativo es el del manual de política exterior franquista de Julio Gil Pecharromán, que inicia su capítulo sobre la Guerra Fría narrando este supuesto envío de voluntarios pero sin citar ninguna fuente: GIL PECHARROMÁN, Julio, *La política exterior del franquismo (1939-1975): entre Hendaya y El Aaiún*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, p. 187.
- ⁶ Principalmente se trata de documentos conservados en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE) y consultados antes de su cierre en 2012, por lo que las signaturas son las referencias son las que estaban vigentes en ese momento. También hemos consultado el Archivo General de la Administración (AGA), el Archivo de la Presidencia del Gobierno (APG) y el Archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco (AFNFF).
- ⁷ PEREIRA, Juan Carlos, «De 'centinela de occidente' a la conspiración masónica-comunista. La política exterior del franquismo» en VIÑAS, Ángel, *En el combate por la historia: la República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2012, p. 666.
- ⁸ *Ibidem*, p. 661.
- ⁹ Como ha demostrado Javier Tusell en TUSELL, Javier, *Carretero: la eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de hoy, 1993.
- ¹⁰ *Ibidem*, p. 156.
- ¹¹ FERNÁNDEZ GARCÍA, Antonio y PEREIRA, Juan Carlos, «La percepción española de la ONU (1945-1962)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 17 (1995), p. 134.
- ¹² LIEDTKE, Boris N., ob. cit., p. 80.
- ¹³ HALBERSTAM, David, *La guerra olvidada. Historia de la guerra de Corea*. Barcelona: Crítica, 2009, p. 1.
- ¹⁴ «La invasión de Corea», *Arriba* (27-VI-1950).
- ¹⁵ «Una actitud sensata», *Arriba* (29-VI-1950) y «Estados Unidos actúa por fin» *El Alcázar* (28-VI-1950).
- ¹⁶ «España, julio 1936 y Corea, julio 1950», *La Vanguardia Española* (18-VII-1950).
- ¹⁷ Hay numerosos documentos sobre la repercusión internacional del inicio del conflicto en el expediente titulado «Guerra en Corea». AMAE, sección renovada, caja 2435, exp. 11.
- ¹⁸ Martín Artajo a todas las representaciones (Madrid, 1-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2435, exp. 11.
- ¹⁹ Martín Artajo a Lequerica (Madrid, 2-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2435, exp. 11.
- ²⁰ Cristóbal del Castillo a Martín Artajo (Tánger, 3-VII-1950), AFNFF, Documento 6462.
- ²¹ Martín Artajo a Cristóbal del Castillo (Madrid, 10/VII-1950), AFNFF, Documento 6466.
- ²² PORTERO, Florentino, «Artajo, perfil de un ministro en tiempos de aislamiento». *Historia Contemporánea*, 15 (1996), p. 213.
- ²³ GIL PECHARROMÁN, Julio, ob. cit., p. 139.
- ²⁴ TUSELL, Javier, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*. Madrid, Alianza, 1984, p. 38.
- ²⁵ *Ibidem*, p. 61.
- ²⁶ PORTERO, Florentino, «Artajo, perfil...», cit., p. 224.
- ²⁷ En el expediente con el título «Notas para Su Excelencia (1950)», hay un buen número de informes con este mis-

- mo encabezamiento. Una parte de ellos están firmados por Prat de Nantouillet, por lo que muy probablemente estaban dirigidos a Martín Artajo —a pesar de que también hay varias «Notas para el señor ministro»—. Otros, sin embargo, no están firmados, pero por su contenido y por su relación con telegramas enviados por Martín Artajo consideramos que son atribuibles al ministro. AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ²⁸ Nota para Su Excelencia (30-VI-1950), AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ²⁹ Nota para el Señor Ministro (30-VI-1950), AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ³⁰ Nota para Su Excelencia (13-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ³¹ «Madrid Sees Gain in Korean Conflict» 1/VII/1950, «Falangists Hope War Will Aid Spain» 16/VII/1950 y «Franco Sees His Big Chance», 6/VIII/1950, *The New York Times*. En CHOE, Hae Sung, ob.cit., p. 562.
- ³² Lequerica a Martín Artajo (Washington, 28-VI-1950), AMAE, sección renovada, caja 2435, exp. 11.
- ³³ JARQUE ÍÑIGUEZ, Arturo, «Queremos esas bases»: *el acercamiento de Estados Unidos a la España de Franco*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 1998, p. 230. Para una buena descripción de los componentes del *Spanish Lobby* consultar VIÑAS, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*. Barcelona, Crítica, 2003, pp. 57-65.
- ³⁴ LIEDTKE, Boris N., ob. cit., p. 58.
- ³⁵ RODAO, Florentino: *Franco y el imperio japonés*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, p. 460.
- ³⁶ PORTERO, Florentino, *Franco Aislado*, Madrid, Aguilar, 1989, p. 93.
- ³⁷ TUSELL, Javier: *Franco y los católicos...*, cit., p. 98.
- ³⁸ CAVA MESA, María Jesús: *Los diplomáticos de Franco: J. F. de Lequerica, temple y tenacidad (1890-1963)*. Bilbao, Universidad de Deusto, 1989, pp. 260-263.
- ³⁹ PORTERO, Florentino: «Artajo, perfil...», cit., p. 222.
- ⁴⁰ TUSELL, Javier: *Franco y los católicos...*, cit., p. 98.
- ⁴¹ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 28-VI-1950), AMAE, sección renovada, caja 4047, exp. 9.
- ⁴² Lequerica a Martín Artajo (Washington, 08/VII/1950), AMAE, sección renovada, caja 2435, exp. 11.
- ⁴³ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 10-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 18.
- ⁴⁴ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 13-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 18.
- ⁴⁵ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 28-VI-1950), AMAE, sección renovada, caja 4047, exp. 9.
- ⁴⁶ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 24/VII/1950), AMAE, sección renovada, caja 2435, exp. 11.
- ⁴⁷ Nota para Su Excelencia (San Sebastián, I-VIII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ⁴⁸ Lequerica a Martín Artajo (Washington, I-VIII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 18.
- ⁴⁹ Nota para Su Excelencia (17-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ⁵⁰ Nota para Su Excelencia. Muy Confidencial (30-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ⁵¹ Martín Artajo a Lequerica (Madrid, 30-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 17.
- ⁵² Lequerica a Martín Artajo (Washington, 31-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 16.
- ⁵³ Nota para Su Excelencia. Muy Confidencial (30-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ⁵⁴ Martín Artajo a Lequerica (Madrid, 31-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 17.
- ⁵⁵ «Como parece dado los asuntos en litigio puede producir ciertos elementos algún buen efecto en momentos graves discusiones internacionales he autorizado publicidad». Lequerica a Martín Artajo (Washington, 31-VII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 16.
- ⁵⁶ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 01-VIII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 16.
- ⁵⁷ Expediente de Francisco José del Castillo, AMAE, sección expedientes personales y testamentos, PG290-24264.
- ⁵⁸ RODAO, Florentino: «Japón y Extremo Oriente en el marco de las relaciones hispano-norteamericanas, 1945-1953», *Revista Española del Pacífico*, 5 (1995), pp. 240-241.
- ⁵⁹ Willoughby a Castillo (Tokio, s/f), AGA, sección Administración Exterior, caja 5168.
- ⁶⁰ Martín Artajo a Castillo (Madrid, 03-X-1950), AGA, sección Administración Exterior, caja 5168.
- ⁶¹ Castillo a Martín Artajo (Tokio, 01-XI-1950), AGA, sección Administración Exterior, caja 5168.
- ⁶² Lequerica a Martín Artajo (Washington, 10-III-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 18.
- ⁶³ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 08-XII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 18.
- ⁶⁴ Martín Artajo a Lequerica (Washington, 11-XII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 18.
- ⁶⁵ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 14-XII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2216, exp. 18.
- ⁶⁶ Esta vez, sin embargo, Lequerica admitía que era una iniciativa que podía ser acogida fríamente por la Administración norteamericana y decía que él solo se limitaba a comunicar lo que había oído y que no era una consulta sobre la que necesitara contestación. Lequerica a Martín Artajo (Washington, 09-XII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2435, exp. 11.
- ⁶⁷ *Ibidem*.
- ⁶⁸ Cuyás a Martín Artajo (Bagdad, 02-XII-1950), AMAE, sección renovada, caja 4787, exp. 57.
- ⁶⁹ Notas tomadas por el Señor Ministro de las opiniones del Excelentísimo Señor Jefe del Estado sobre Corea, expuestas en el Consejo de Ministros de 13 del actual (21-XII-1950), AMAE, sección renovada, caja 2631, exp. 19.
- ⁷⁰ *Ibidem*
- ⁷¹ *Ibidem*
- ⁷² Nota para Su Excelencia (10-I-1950), AMAE, sección renovada, caja 4047, exp. 9.
- ⁷³ Martín Artajo a Castillo (Madrid 4-V-1951), AGA, sección Administración Exterior, caja 5168.
- ⁷⁴ *Arriba* (21-XII-1952), *Ya* (21-XII-1952) y *El Alcázar* (22-XII-1952). En *ABC* (21-XII-1952) y *La Vanguardia Española* (21-XII-1952) aparecían en la primera página de información internacional y en los siguientes días también se publicaron

varios editoriales sobre el tema. Además se recibieron telegramas de países como Cuba y Suiza informando de que la noticia se había publicado también allí. APG,

⁷⁵ «El mundo no conoce el espléndido sacrificio que los Estados Unidos están haciendo en Corea», *ABC* (21-XII-1952).

⁷⁶ El origen del malentendido parece estar en la biografía de Franco publicada por Paul Preston en 1994. En ella, el autor hace referencia a estas declaraciones y las interpreta como un intento desesperado de Franco por mostrar su americanismo y acelerar las negociaciones (p. 771). Pero unas páginas antes, al narrar el inicio de la Guerra de Corea y explicar la situación favorable para el acercamiento hispano-norteamericano, afirma que «el Caudillo se ofreció a enviar tropas» sin citar ningún otro documento, dando lugar a una versión que ha sido aceptada sin más en los últimos veinte años: PRESTON, Paul, *Franco, Caudillo de España*. Barcelona, Grijalbo, 1994. APG, fondo de la Jefatura del Estado, caja 1676, exp. 3.

⁷⁷ Lequerica a Martín Artajo (Washington, 29-X-1952), APG, fondo de la Jefatura del Estado, caja 1676, exp. 3.

⁷⁸ Nota para el Señor Ministro (Madrid, 12-XII-1952), APG, fondo de la Jefatura del Estado, caja 1676, exp. 3.

⁷⁹ «El mundo no conoce el espléndido sacrificio que los Estados Unidos están haciendo en Corea», *ABC* (21-XII-1952).

⁸⁰ El único documento de Carrero Blanco relacionado con la Guerra de Corea es un artículo en el que alaba la actitud de los soldados turcos. En él, sin embargo, Juan de la Cosa aclaraba que no defendía «a outrance» que los Estados Unidos continuaran con la guerra en la península coreana porque, en definitiva, se trataba de llevar a cabo la guerra en Asia y no convenía «hacer la guerra en el terreno que al enemigo le conviene». «El soldado turco en Corea», *Arriba* (13-I-1951).